

Recordar, compartir, aprender

Albacete

Antonio Perona Ortiz, 67 años

Miguel Sánchez Martínez, 43 años

LA TORMENTA DE UNA NOCHE DE VERANO

Antonio nunca olvidará el miedo que pasó una noche de tormenta, perdido en medio de los arrozales del delta del Ebro, cuando su única preocupación debería haber sido trabajar mucho, ver mundo, aprender y disfrutar de sus 16 años.

La primera vez que me encontré con Antonio Perona fue una tarde de principios de marzo. Una mañana de finales de febrero Eva, compañera mía en un Instituto de Hellín, me habló del interés que tenía su padre por divulgar una serie de hechos que le ocurrieron a finales de los 50, en una España dominada por la miseria, el hambre y las penurias personales.

Antonio Perona es un hombre con una gran complexión física, a la cual le acompaña una gran nobleza, una sensatez innata y la experiencia suficiente de las personas que desde muy jóvenes han tenido que salir a la vida en busca de una oportunidad lejos de su localidad natal. Este fue el inicio de la historia de Antonio.

La historia sucede en 1957, cuando Antonio contaba con 16 años. Antonio nació en Albatana, un pequeño pueblo agrícola situado al este de la provincia de Albacete, donde la posguerra no hacía distinciones. En un pueblo de las condiciones de Albatana no había trabajo para todos los jóvenes, y si lo había, no estaba bien remunerado. Antonio y los jóvenes de su generación se dedicaban a arar las tierras, segar en la estación estival, la poda de la vid y la recogida de aceituna.

Antonio aúna a su espíritu de sacrificio el deseo de conocer nuevos territorios. Así le llega la oportunidad de trasladarse a tierras de Tarragona, a la localidad de Jesús y María, un pequeño pueblo cercano a la desembocadura del Ebro dedicado al cultivo del arroz.

Con apenas dos mudas que le prepara su madre y unas abarcas para el trabajo, Antonio parte desde la puerta del Casino de Albatana, una madrugada del mes de julio, hacia las tierras donde el Ebro se encuentra con el Mediterráneo.

Es la primera vez que el joven Perona va a abandonar a su familia por un tiempo indefinido. La preocupación familiar es lógica. Sin embargo, desde Albatana parten junto a Antonio hombres experimentados que buscan un salario que pueda aliviar la situación familiar. Aquellos hombres que acompañan a Antonio, éste se emociona cuando recuerda sus nombres, fueron Isidro Fortes, que era el más experto, Avelino, Pascual, más conocido por “el Morete”, Andrés y Diego.

Ellos toman el coche de línea hacia Almansa y desde allí un tren hacia Tortosa. Junto a su equipaje llevan dos bicicletas, necesarias para poder trasladarse desde la finca donde van a trabajar hacia el pueblo más cercano, Jesús y María.

Al atardecer, después del largo viaje, Antonio y sus compañeros se incorporan a la finca. El trabajo es duro: la creación de gavillas en el humedal, el remolque con un rudo caballo percherón arrastrando en una barquichuela los haces de arroz, la exposición y traslado hacia la vieja trilladora. A ello se le sumaba el desagradable y continuo roce del arroz al entrar en contacto con el cuerpo sudoroso de los hombres. Además, ellos debían prepararse su comida: patatas y tencas con sabor a cieno.

Un atardecer de mediados de julio, Diego, Andrés y Antonio deciden acercarse al pueblo con sus bicicletas, distante unos ocho o diez kilómetros. La puesta de sol amenazaba tormenta. Los tres compañeros se apresuran en llegar al pueblecito, ya que comienzan a arremolinarse negros nubarrones cargados de agua. Al

joven Antonio, durante el trayecto, le surge un contratiempo: una de las ruedas de su bicicleta se revienta. Sus compañeros prosiguen su marcha hacia Jesús y María, y él, un poco atemorizado ante el plomizo cielo, decide regresar a la finca solo. A mitad del trayecto irrumpe, al fin, en la sosegada noche la fuerte tormenta. El agua comienza a caer de manera implacable, acompañada por un ruido ensordecedor de los truenos y una luminosidad cegadora de los relámpagos. A los inconvenientes de la abundante agua que cae, se le unen la proximidad de enormes canales de agua, la oscuridad que se impone en la noche cuando los rayos dejan de iluminar los estrechos caminos, el casi desconocimiento del terreno y el miedo que lentamente se va apoderando de Antonio: “Me voy a caer al canal de agua y nadie me va a encontrar”, pensaba en esos momentos el joven, con un sentimiento creciente de angustia. Pero Antonio, armándose de valentía, decide aprovechar los momentos en los que la tormenta ilumina el camino, poco más que una senda embarrada, para avanzar poco a poco, y quedarse quieto, a la espera de un nuevo relámpago, para volver a caminar unos cuantos pasos en la luminosidad momentánea de la descarga eléctrica. Con la bicicleta al hombro avanza con dificultad.

La llegada a la finca, pasadas unas dos o tres horas, supone para él un alivio, una descarga emocional como hasta ese momento nunca había sentido. Antonio, un joven de 16 años, nunca había percibido la presencia de la muerte tan cerca. Una vez que la tormenta había cesado, Diego y Andrés volvieron. Ellos habían decidido esperar y en sus rostros se notaba una sensación de angustia y desasosiego. Habían temido por la vida de Antonio. Conocían los peligros del camino que les llevaban desde la finca arrocera hasta Jesús y María.

Antonio no regresó ninguna temporada más a Jesús y María. Él, como tantos otros españoles del momento, se decidió a emigrar.

Llegado este momento Antonio se relaja. Desde hacía tiempo deseaba contarle a su hija Eva esta aventura. Sin embargo, uno descubre que aquellos momentos que transcurrieron desde que él se queda solo en el camino, hasta que logra llegar a la finca fueron instantes que lo han marcado. La muerte se observa de diferente manera según la edad y Antonio contaba solamente con 16 años, era la primera vez que abandonaba a su familia y posiblemente hubiese sido la última.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

La ilusión por vivir, la alegría y el optimismo. Esta es la mejor definición que puede hacerse de Antonio Perona. Después de muchos momentos buenos y no tan buenos en la vida, después de distintos trabajos, y de vivir en distintos sitios, Antonio se ha convertido en un maduro jubilado que sabe sacarle partido a la vida. Para él, sin duda, lo más importante es el bienestar de su familia: hoy en día sigue compartiendo su vida con su amor de siempre, Ángela, con la que lleva 40 años de matrimonio, disfruta del cariño ilimitado de sus hijos y de sus dos nietas (y otro que está en camino). Y no sólo del amor de su familia disfruta este jubilado, que parece un chaval joven, Antonio dedica parte de su tiempo a acciones de voluntariado: visita a personas mayores que están en residencias, y que agradecen un poquito de conversación y de compañía, los acompaña al médico cuando es preciso o de excursión a Los Pinares del Júcar cuando el tiempo lo permite. Además emplea su tiempo formando parte de un coro, en el que disfruta cantando, se siente bien y alegre las tardes a los abuelitos de las residencias cuando llegan fechas señaladas y el coro actúa para ellos.

Y cómo no, Albatana. Su pueblo es su gran pasión. Tanto que, desde las últimas elecciones municipales, desempeña el cargo de Concejal de Bienestar Social. Le gusta disfrutar de las fiestas patronales en honor a San Isidro, de la Semana Santa, de la Semana Cultural de agosto..., en fin, le gusta estar en su pueblo y con la gente de su pueblo que lo ha visto crecer, hacerse hombre y madurar de forma digna.